



La
corona de
la Princesa



La corona
de
la Princesa




¿Dónde estoy?, dijo la princesa. Abrió los ojos y se contestó: Estoy en medio de la oscuridad, en medio de la noche, en medio de un ... ¿sueño? No, ¡¡ de un bosque !!

La princesa no podía creerlo: si ella se había acostado en su cama, ¿qué hacía ahí?

Pero, como las cosas no estaban para pérdidas de tiempo, ni sacaba nada con preguntarse lo que no podía responder, se paró, se arregló la ropa, se sacó unas ramitas pegadas en el pelo y miró para todas partes.

Consideró que si no se aterrorizaba, seguramente iba a saber cómo volver: había pasado con honores el curso para dejar de ser princesita y pasar a ser princesa y ahí le habían enseñado muchas cosas.

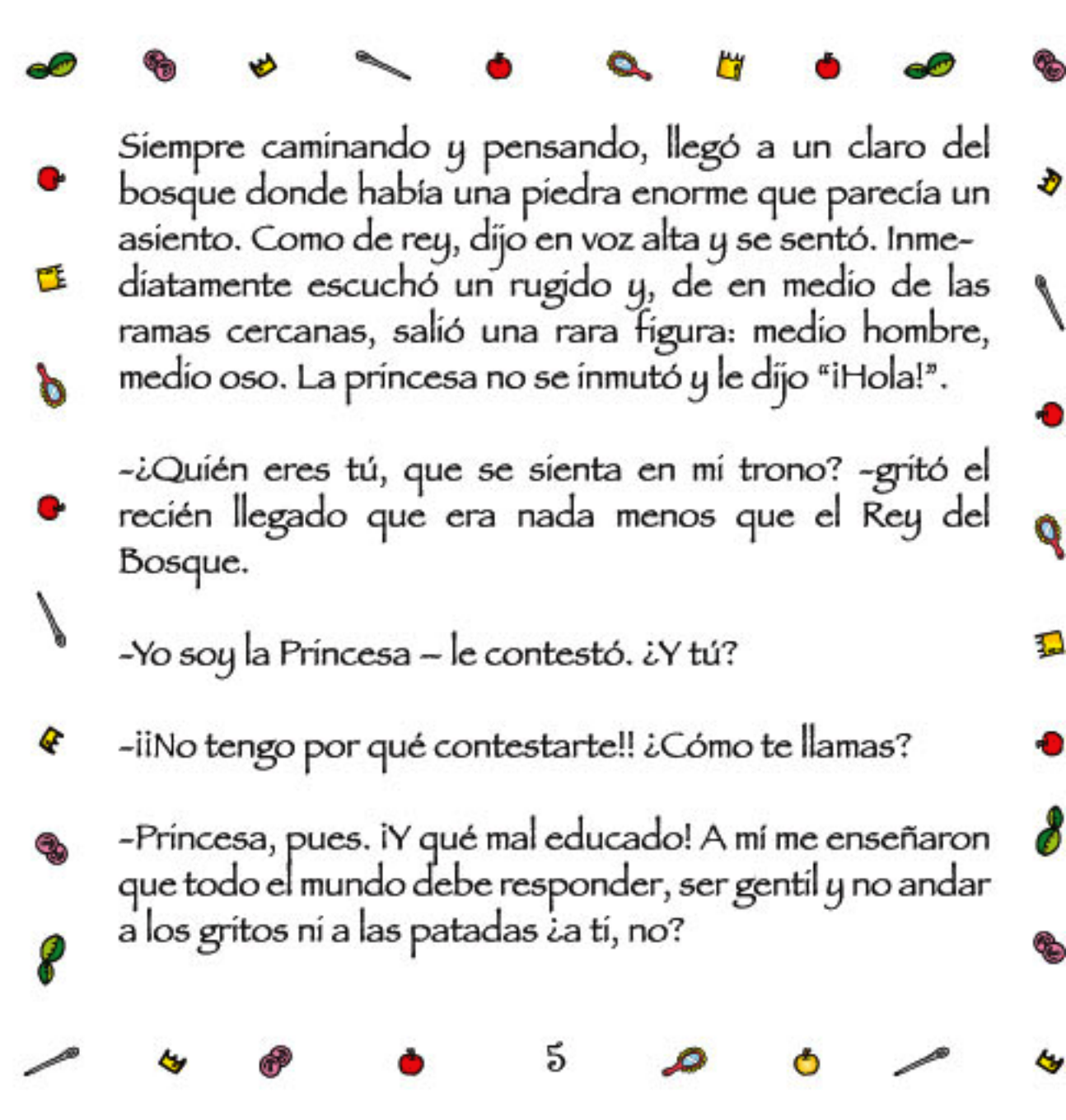


Se mojó la punta del dedo y lo puso hacia arriba, para saber de qué lado estaba corriendo el viento y hacia allá partió. Imaginó que, al llegar la mañana, todos se darían cuenta de su ausencia. Su papá pensaría que se había arrancado para aventurarse quizá por dónde; su madre creería que había ido en busca de esa rara planta que convertía los sueños en realidad. Y su hermano se enco-gería de hombros.



¡Su hermano!, eso era... Le había apostado que, por ser niña, ella no era FOME ni aburrida y que hacía cosas entretenidas. Entonces, por eso estaba en el bosque para demostrarle que ser niña era igual de fantástico que ser niño.





Siempre caminando y pensando, llegó a un claro del bosque donde había una piedra enorme que parecía un asiento. Como de rey, dijo en voz alta y se sentó. Inmediatamente escuchó un rugido y, de en medio de las ramas cercanas, salió una rara figura: medio hombre, medio oso. La princesa no se inmutó y le dijo "¡Hola!".

-¿Quién eres tú, que se sienta en mi trono? -gritó el recién llegado que era nada menos que el Rey del Bosque.

-Yo soy la Princesa - le contestó. ¿Y tú?


-¡¡No tengo por qué contestarte!! ¿Cómo te llamas?

-Princesa, pues. ¡Y qué mal educado! A mí me enseñaron que todo el mundo debe responder, ser gentil y no andar a los gritos ni a las patadas ¿a ti, no?


El enorme ser se quedó helado. ¡Nadie le había hablado así en la vida! Iba a gritarle de nuevo, cuando la Princesa le hizo un gesto con la mano:

-No, señor, nada de gritos. Si sigues así, me voy -. Ella sabía muy bien cómo hacer respetar sus derechos.







El Rey del Bosque nunca hablaba con nadie. Todos le tenían demasiado miedo, así es que consideró las palabras de la Princesa y le pidió, con el mejor tono que pudo...




-¡No te vayas! Yo soy el Rey del Bosque; pero lo paso mal, porque nadie me quiere. Me encuentran feo y pesado y gritón y enojón. Y creen que soy malo, pero no lo soy.



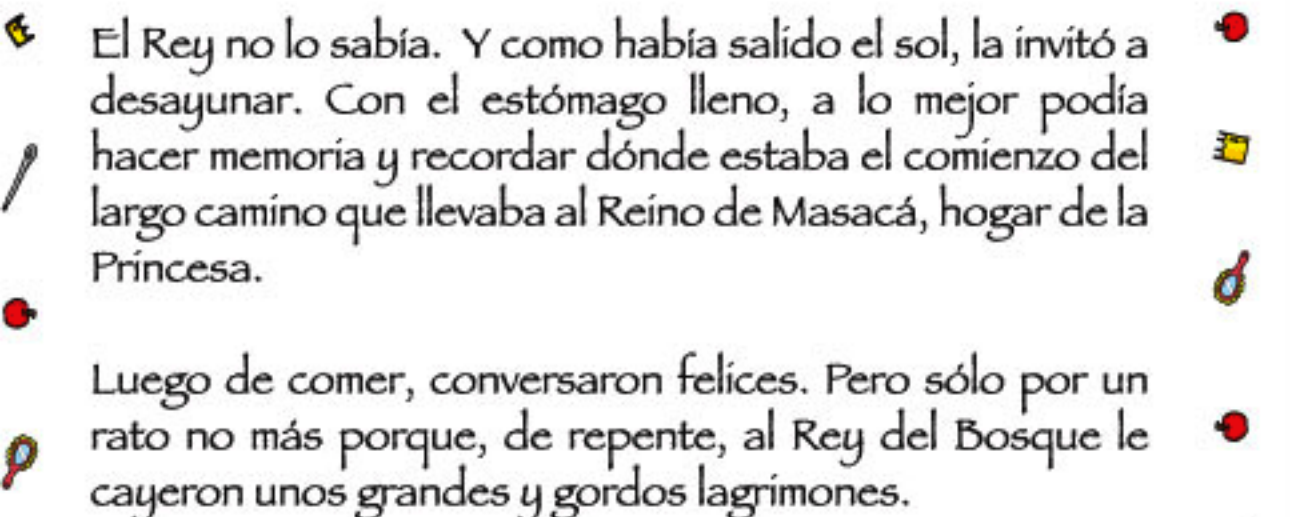
Y la Princesa se quedó. Le contó que andaba perdida. El le explicó que estaban en el Bosque de la Lejanía, sitio al que costaba mucho llegar... pero del que costaba más salir.



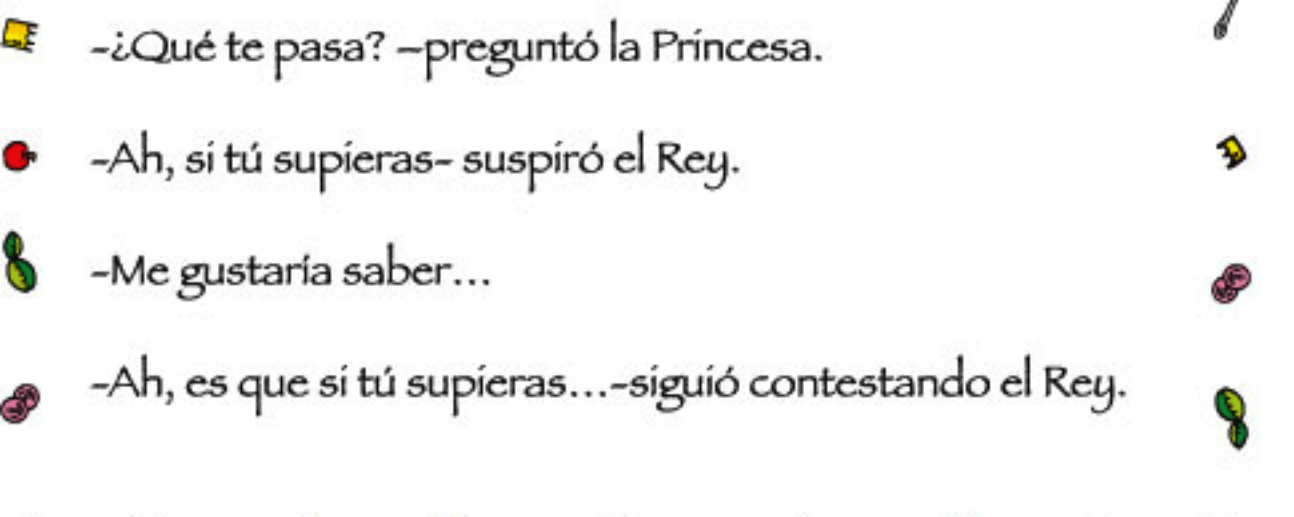
-Pucha -dijo la Princesa (porque las princesas también dicen pucha y, a veces, cosas peores, pero sin que nadie las oiga)-. ¿Y cómo llegué acá?



El Rey no lo sabía. Y como había salido el sol, la invitó a desayunar. Con el estómago lleno, a lo mejor podía hacer memoria y recordar dónde estaba el comienzo del largo camino que llevaba al Reino de Masacá, hogar de la Princesa.



Luego de comer, conversaron felices. Pero sólo por un rato no más porque, de repente, al Rey del Bosque le cayeron unos grandes y gordos lagrimones.

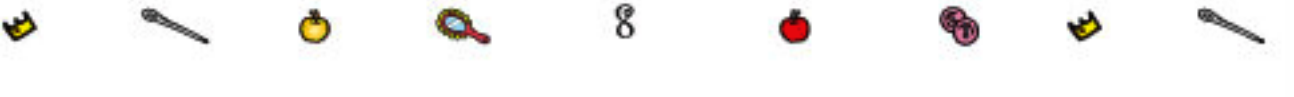


-¿Qué te pasa? -preguntó la Princesa.

-Ah, si tú supieras- suspiró el Rey.

-Me gustaría saber...

-Ah, es que si tú supieras...-siguió contestando el Rey.





La Princesa tenía paciencia, pero también era un poco curiosa, así es que insistió.

-¿Por qué lloras?

El Rey del Bosque moqueaba y moqueaba, sollozaba y sollozaba, pero no decía nada. Al final, con un hilo de voz, confesó:


-... Es que tengo un hijo... como de tu edad... y es muy... muy ... feo y nadie quiere jugar con él.

A la Princesa le dio un poco de risa, pero sobre todo (porque era buena) le dio pena.


-Yo voy a jugar con él. Vamos a verlo.

Y fueron.






El Reyecito era, realmente feo. Pero igualmente era simpático, divertido, bueno y un estupendo corredor. Igual que la Princesa. Así es que jugaron hasta que no pudieron más. Entonces La Princesa dijo:




-Me encantaría volver a jugar contigo. Si descubro cómo llegué aquí, te juro que vendré seguido.





De repente, la Princesa se dio cuenta de que tenía que irse y se despidió.




-¡No, no te vayas! - suplicaron muchas veces en coro el Rey y el Reyecito.



Así y todo, no cambió de opinión. Se abrazaron, lloraron un poco (despedirse de un amigo o amiga es siempre penoso) y tomó el camino. No había dado ni cinco pasos, cuando escuchó que la llamaban.





La Princesa se dio vuelta y vio cómo el Rey y el Reyecito del Bosque le hacían señas para que regresara.
-Mira, yo quiero regalarte algo -dijo el Rey-.

(La Princesa se puso contenta, porque a las princesas, como a toda la gente, les encantan los regalos).

-Es un espejo mágico. No es para la vanidad sino para verse por dentro. Así es que no es para que te mires: tú ya sabes ver por dentro y por eso supiste que somos buenos y sabes cómo eres. Es para que otros puedan verse. Te ayudará mucho cuando seas Reina.

La Princesa estaba muy emocionada.

-¡Muchas, muchas, muchas gracias! -fue lo único que alcanzó a balbucear, antes de que el Reyecito hablara:



-Yo también tengo un regalo para ti - y le pasó una
aguja.



-Uhhh. -dijo la Princesa-. Yo no sé coser.



-No es para que hagas ropa ni nada por el estilo. A ver, cómo te lo explico: yo estaba muy, pero muy triste ¿cierto?, y entonces llegaste a jugar conmigo, me hiciste bromas simpáticas y prometiste volver, ¿verdad?



-Verdad.



-Así es que se puede decir que me cosiste el corazón
-concluyó el Reyecito.



La Princesa se rió.



-Bueno, para eso es la aguja. Para que la andes trayendo todo el tiempo y te recuerde que tienes el poder de arreglar corazones rotos.




Y el Rey comentó:

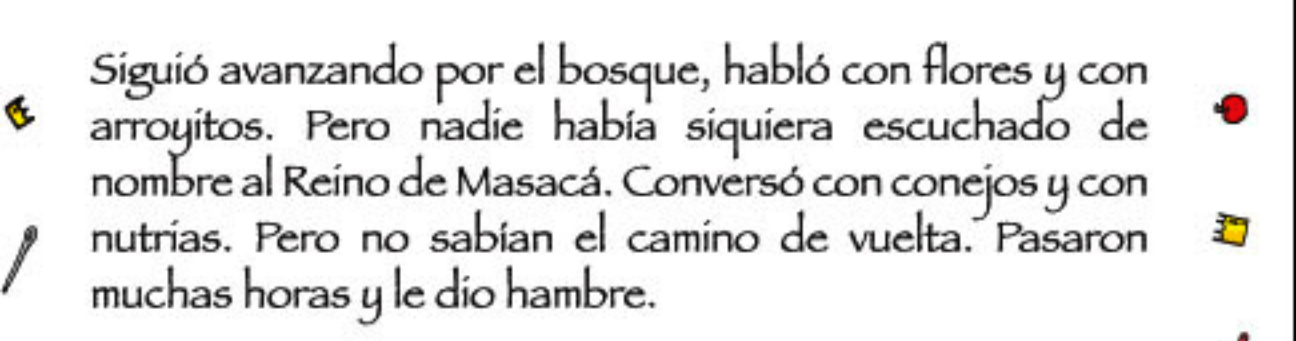
-El espejo y la aguja son mágicos. Para que funcionen tienen que pertenecer a quienes han despertado la magia en su corazón. Todos tienen esa magia, pero sólo algunas personas, como tú, se dan cuenta y la usan.

La Princesa los abrazó, muy fuerte. Casi como un oso. Y los soltó. Y se fue.

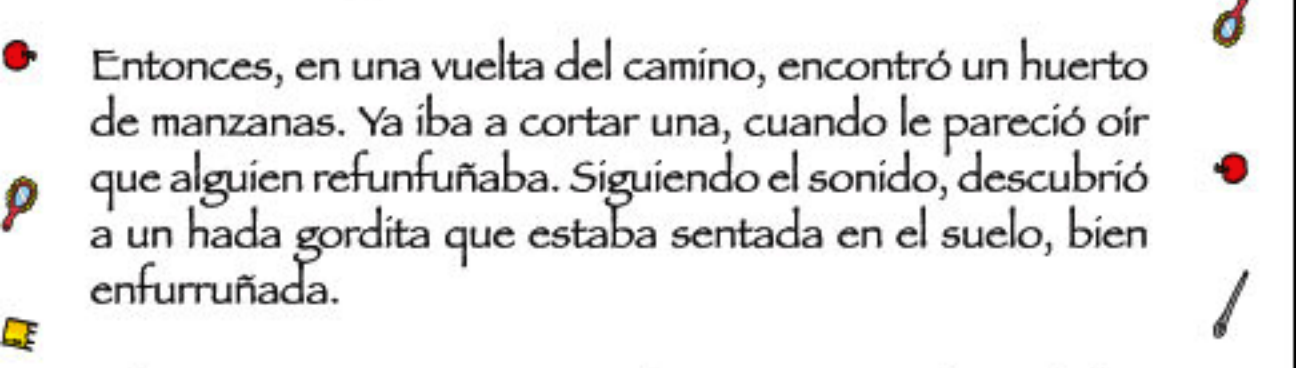




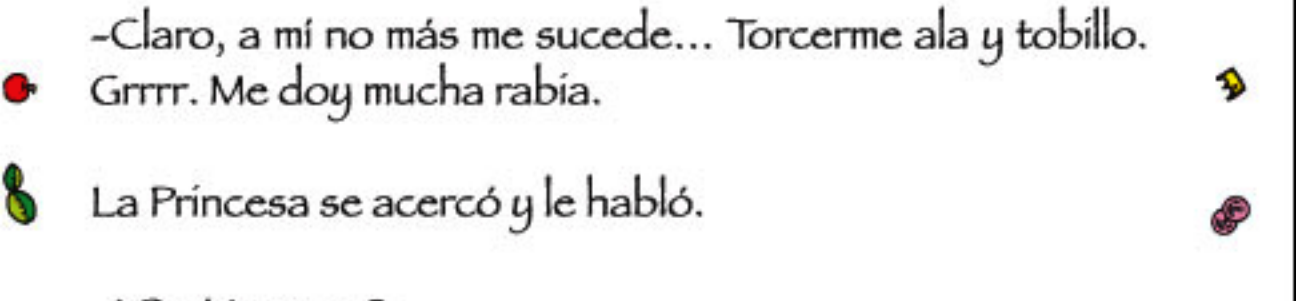
Siguió avanzando por el bosque, habló con flores y con arroyitos. Pero nadie había siquiera escuchado de nombre al Reino de Masacá. Conversó con conejos y con nutrias. Pero no sabían el camino de vuelta. Pasaron muchas horas y le dio hambre.




Entonces, en una vuelta del camino, encontró un huerto de manzanas. Ya iba a cortar una, cuando le pareció oír que alguien refunfuñaba. Siguiendo el sonido, descubrió a un hada gordita que estaba sentada en el suelo, bien enfurruñada.



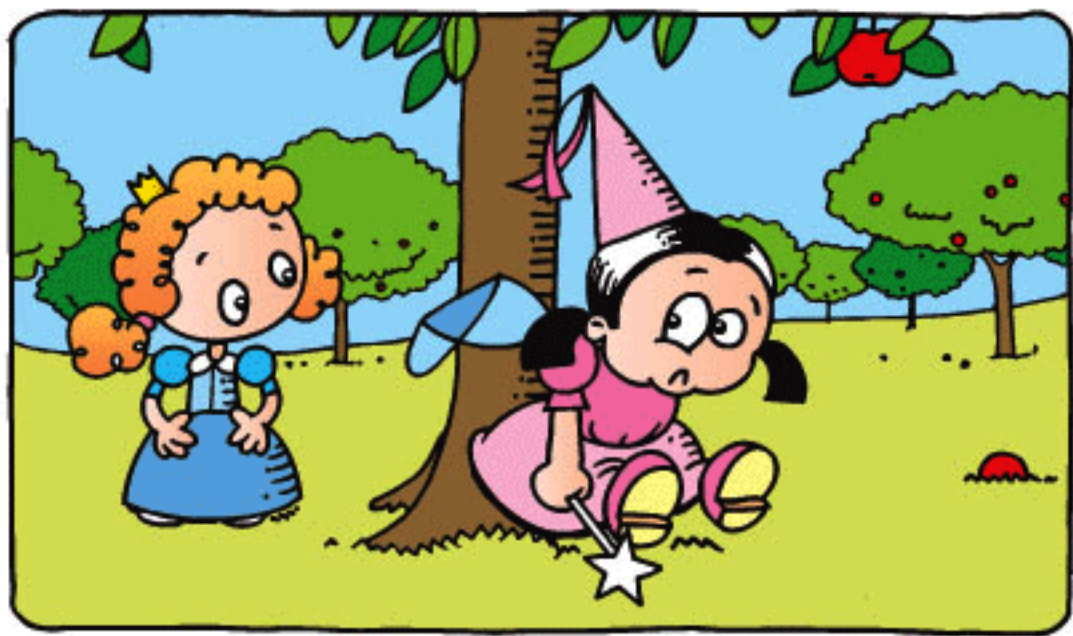
-Claro, a mí no más me sucede... Torcerme ala y tobillo. Grrrr. Me doy mucha rabia.



La Princesa se acercó y le habló.




-¿Qué te pasa?



-¿Ah? ¡Ah! Tú eres la Princesa perdida en el bosque -
dijo, sabihonda, el Hada.

-Sí -contestó la Princesa (que no se extrañó nada de
que el Hada supiera su nombre, porque por algo era
Hada). Pero ¿a tí, qué te pasa?



-Me pasa que la Reina de las Hadas me encargó llevarle la manzana de oro que hay en la cima de este árbol. Pero como me torcí el ala, no puedo volar; y como me torcí el pie, no puedo subirme.

-¿Ese es tu problema? ¡Qué fácil! Yo te la saco -ofreció la Princesa.


En un dos por tres se subió, cortó la manzana, y se la pasó al Hada que, de lo más agradecida, decidió hacerle un regalo. Buscó en su bolsita y le pasó cuatro botones. Como en esa época nadie los conocía, la Princesa los miró con mucha curiosidad.

-¿Para qué sirven?

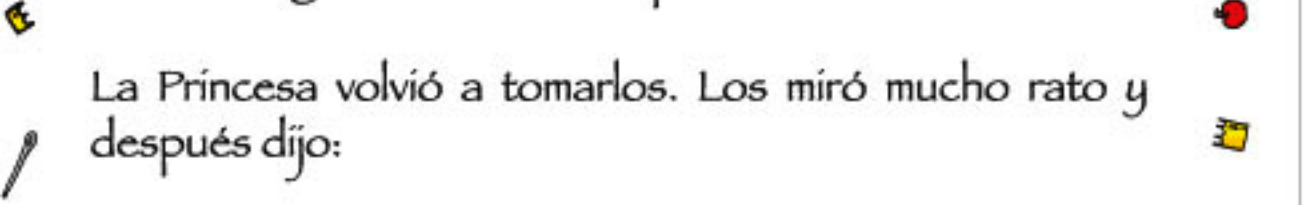
-Imagínate -dijo el Hada.

La Princesa se sentó en el suelo y se puso a jugar con los botones. Los dio vuelta, los hizo correr y tuvo una idea. Buscó qué cosas podía usar y descubrió unos palitos, unas piedras y unas ramitas que parecían cordel. Tomó todo eso y, con mucho ingenio, construyó una plataforma que cerró por los cuatro lados. Le puso los botones como ruedas, le metió las piedrecitas y lo hizo andar. ¡Había hecho un carrito!

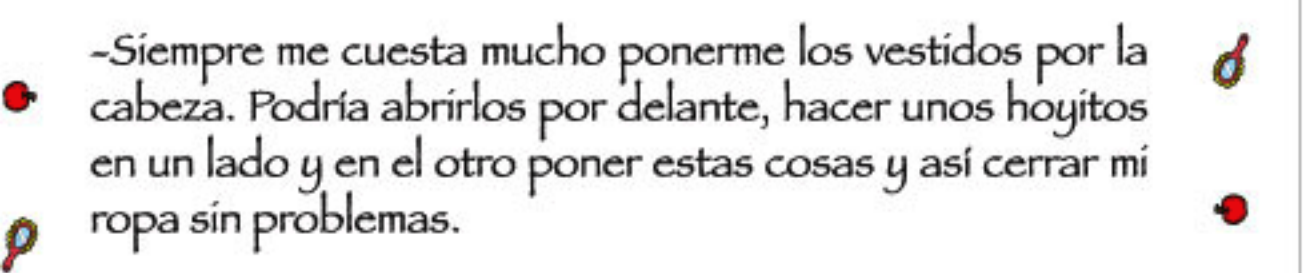




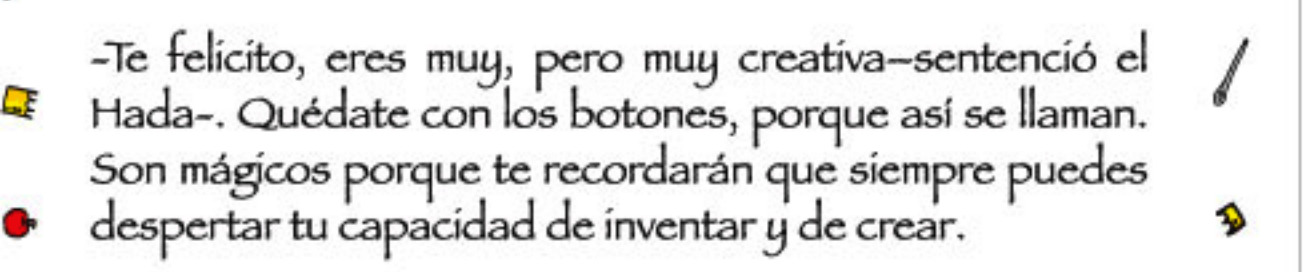
-¡Bravo! – gritó el Hada-. ¿Y qué más se te ocurre?



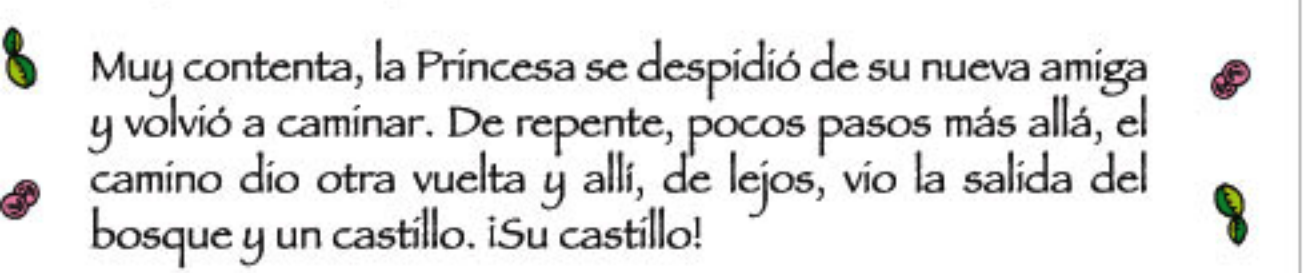
La Princesa volvió a tomarlos. Los miró mucho rato y después dijo:



-Siempre me cuesta mucho ponerme los vestidos por la cabeza. Podría abrirlos por delante, hacer unos hoyitos en un lado y en el otro poner estas cosas y así cerrar mi ropa sin problemas.




-Te felicito, eres muy, pero muy creativa–sentenció el Hada-. Quédate con los botones, porque así se llaman. Son mágicos porque te recordarán que siempre puedes despertar tu capacidad de inventar y de crear.

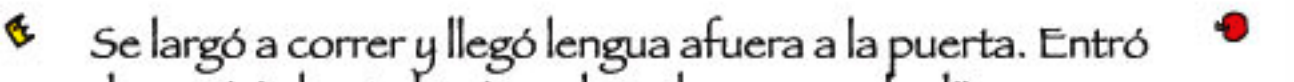


Muy contenta, la Princesa se despidió de su nueva amiga y volvió a caminar. De repente, pocos pasos más allá, el camino dio otra vuelta y allí, de lejos, vio la salida del bosque y un castillo. ¡Su castillo!

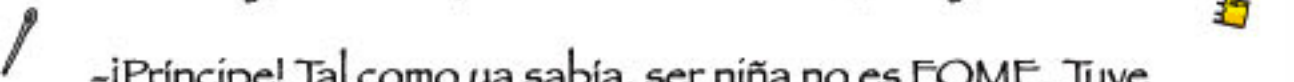




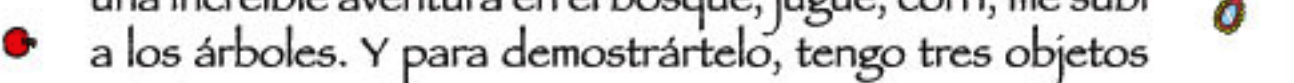
Se largó a correr y llegó lengua afuera a la puerta. Entró de un viaje hasta la pieza de su hermano y le dijo:



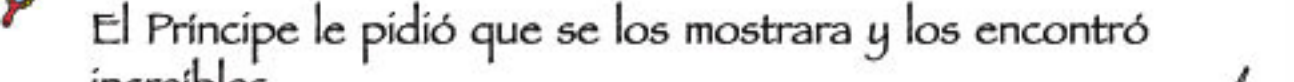
-¡Príncipe! Tal como ya sabía, ser niña no es FOME. Tuve una increíble aventura en el bosque, jugué, corré, me subí a los árboles. Y para demostrártelo, tengo tres objetos mágicos que tú no conoces.



El Príncipe le pidió que se los mostrara y los encontró increíbles.



-¿Compartes conmigo estos regalos tan útiles para la vida que recibiste? -le preguntó.



La Princesa asintió y muy contentos fueron donde sus padres.



-¡Mamá!, ¡Papá! Le aposté al Príncipe que ser Princesa era entretenido y le gané. El premio es que mi corona sea igual a la de él ¿me hacen una?

-¡¡Digam que sí!!!- dijo el Príncipe.

El Rey de Masacá por supuesto dijo que sí. ¿Y la Reina?
... Bueno, la Reina se rió y dijo:

-Que sean dos.



FIN